

Familia, escuela y comunidad

Eva Knallinsky

1. Introducción

En los últimos 30 años hemos asistido a unos cambios en el seno de la familia de una amplitud como jamás se habían visto con anterioridad en los países industrializados.

No obstante, la familia sigue siendo el lugar principal de las relaciones de afecto entre niños y adultos, de transmisión de valores y herencia humana, de educación y construcción de la identidad.

La escuela tiene una capacidad transformadora cuya potencialidad no es suficientemente valorada. Puede ejercer una considerable influencia sobre la cultura familiar. Esta influencia puede ir desde las modificaciones en las ideas, creencias, valores y expectativas de los padres en relación con sus hijos a los cambios en las pautas de conducta y formas de relación con ellos.

La escuela debe abrirse a la integración de las culturas familiares que tienen mucho que ofrecer para el enriquecimiento de la educación de los niños y jóvenes.

La implicación de los padres en el centro repercute positivamente en la calidad de la enseñanza, contribuye a la reducción del fracaso escolar, a posibilitar la igualdad de oportunidades educativas para niños social y escolarmente marginados y a la mejora del ambiente familiar y del comportamiento social.

Una vía para lograrlo es la promoción del comportamiento resiliente asociado a la evolución y desarrollo humanos que ayuda a las personas y a los grupos a enfrentar las dificultades o adversidades de una manera positiva y que proporciona bienestar y crecimiento a los individuos y a todo el entorno.

2. Familia, escuela y comunidad

2.1 La familia hoy

Son pocas las instituciones que han tenido que hacer frente a cambios sociales y educativos tan profundos como la familia.

Los valores que caracterizaban la institución familiar: estabilidad, fidelidad, exclusividad, procreación, ya no tienen la misma significación. Los modos de vida íntima se han modificado profundamente pero *el afecto* se impone como un valor esencial.

La religión tiene menos influencia sobre el modo de vida de las familias y aparecen nuevas creencias. Aumenta la influencia de los expertos y de los *medios de comunicación*, sobre todo la televisión, sobre los comportamientos parentales y familiares. Los valores que priman están ligados al consumo, a la promoción individual y a la gratificación inmediata.

Los fenómenos intrafamiliares parecen irreversibles, ya no hay un solo modelo de familia, sin embargo existe una dimensión de permanencia. La familia es el único contexto que permanece constante.

La familia sigue siendo el lugar principal de las relaciones de afecto entre niños y adultos, de transmisión de valores y herencia humana, de solidaridad entre las generaciones, de educación, de socialización y de construcción de la identidad.

Las relaciones familiares determinan valores, afectos, actitudes y modos de ser que el niño va asimilando desde que nace.

El acceso de la mujer a la vida laboral es uno de los fenómenos sociales que más han influido sobre los modos de vida familiares. La actividad profesional de la madre es cada vez más frecuente y ello lleva, en muchos casos, a un aumento en la relación entre abuelos y nietos ya que tienen que encargarse de su cuidado.

La madre debe conciliar su vida familiar con su vida profesional ya que la organización familiar suele estar más bajo su responsabilidad en la mayoría de los casos. La herencia del pasado es intensa. El reparto de las tareas domésticas continúa siendo desigual. Como si las mujeres fueran prisioneras de su pasado interiorizado.

La articulación entre la vida familiar y la vida profesional resulta problemática. Requiere que los padres compriman el tiempo profesional, el tiempo doméstico, el tiempo destinado a la educación de los niños y el tiempo libre.

Para facilitar la armonización entre la vida familiar y la vida profesional se trata de encontrar nuevos ajustes y de desarrollar nuevas fórmulas de acompañamiento.

La independencia adquirida por las mujeres a causa del trabajo ha hecho perder al matrimonio su valor de protección.

El *nivel medio de escolaridad* de los padres ha aumentado, especialmente en el caso de la mujer. Las mujeres profesionales tardan más en crear una familia y tienen menos hijos que las mujeres sin estudios. La maternidad se ha convertido en una parte de sus vidas, no en el proyecto principal.

Las relaciones entre padres e hijos también han variado. Los roles parentales están hoy en plena redefinición. El diálogo y la comunicación han crecido considerablemente.

El autoritarismo ha descendido pero se empieza a tomar conciencia de que la permisividad excesiva, la laxitud en las normas de convivencia y la falta de autoridad tienen también efectos nocivos sobre los niños y jóvenes.

Cada vez más se necesita una preparación para ser padres. Se reconoce que la educación de un hijo es una tarea compleja y no exenta de dificultades.

Admitimos hoy que los padres son vulnerables y necesitan también amor y atención, apoyo y seguridad, aprobación y reconocimiento.

Los padres que hacen girar sus vidas alrededor de sus hijos y no se desarrollan personalmente pueden crearles serias dificultades en la realización de su proyecto vital.

Muchos padres tienen aspiraciones elevadas para sus hijos, quieren conciliar sus responsabilidades profesionales y familiares pero tienen dificultades para hacerlo, disponen de menos tiempo para dedicarles y, por tanto, de menos posibilidades de acompañarlos en su trayectoria escolar y educativa.

El aumento del nivel escolar de los padres y de sus expectativas con respecto a sus hijos hace que los niños tengan más posibilidad de defraudarlos desde el punto de vista académico. Existe la paradoja de que las nuevas generaciones no logren superar el nivel escolar o el status social de sus padres.

Esto lleva a que muchos niños se vean muy estimulados pero otros se queden excluidos del sistema.

Los padres son ahora más libres pero se encuentran más solos, reciben menos ayuda de sus propios padres. Los niños están también más solos que antes. Conocen menos la solidaridad entre hermanos, el apoyo de una gran familia y los intercambios entre generaciones. *Su visibilidad social* se ha reducido, es frecuente que su nacimiento sólo afecte a sus padres. Han experimentado cambios en el papel que desempeñan en el

seno de la familia aunque la función afectiva y simbólica es preponderante. El niño aporta una gratificación afectiva a sus padres y contribuye a una socialización recíproca., del adulto hacia el niño pero también del niño hacia el adulto.

Se les pide una gran capacidad de adaptación cuando hay *reorganizaciones familiares*; pueden llegar a perder totalmente el contacto con uno de sus progenitores o tener que integrar a otros adultos en los roles parentales o compartir su territorio con otros niños de las nuevas parejas de sus padres. Estos cambios requieren de una madurez afectiva que no siempre existe y puede fomentar la creación de redes de solidaridad entre amigos.

A partir de los cambios mencionados, se modifican también los *roles de cada miembro* de la familia. También la concepción que los jóvenes tienen del matrimonio. Son cada vez más las parejas que conviven sin casarse y que, al ser estables, tienen descendencia.

Se ha superado la concepción de la cohabitación como un ensayo prenupcial. Ésta se convierte en un modo de vida que perdura preservando la autonomía de los cónyuges.

Se constata el debilitamiento del carácter sagrado del matrimonio y el declive de sus formas rituales.

Las *separaciones* conyugales aumentan. Si los cónyuges no encuentran en la vida de pareja los elementos necesarios para el desarrollo de su propia afectividad, se separan, se divorcian, buscan una nueva pareja. En ese caso, es posible que tengan que asumir en solitario el cuidado de los niños, compartirlo con su ex pareja o perder su custodia. Esto constituye un freno a la paternidad. *El post-divorcio* aparece hoy, no como una situación patológica sino, a pesar de las dificultades que engendra, como un factor favorable para establecer relaciones menos estereotipadas, más igualitarias, menos sexistas.

Por lo general, el riesgo es mayor para la mujer por lo que se mantiene su dependencia y perpetúa una estructura desigual entre hombres y mujeres.

El divorcio y la separación es la fuente principal de formación de *familias monoparentales*. En su gran mayoría son mujeres. Por lo general están en una situación más desfavorable que las familias conyugales. Durante mucho tiempo se pensó que la socialización del niño en un hogar monoparental presentaba consonancias negativas.

Actualmente las investigaciones muestran que los problemas de los niños que viven con sus padres en conflicto son más graves que los de los niños de familias monoparentales armónicas.

Dos manifestaciones divergentes pueden ser observadas en cuanto al concepto de paternidad: el declive del lazo de filiación y el acercamiento de las funciones sociales maternas y paternas.

En la actualidad un número considerable de niños viven separados de su padre y conviven con su madre. Como contrapartida, los padres se interesan cada vez más por sus bebés y participan en su crianza y cuidados tanto como la mujer, a raíz de la incorporación de ésta al mercado laboral. Podemos afirmar que los hombres tanto como las mujeres pueden responder a las necesidades de sus hijos.

El impacto de las *generaciones anteriores* entra dentro del análisis del cambio en los modos de vida familiares. En nuestros días es ampliamente reconsiderado. Los contextos socioculturales e históricos son susceptibles de determinar itinerarios de vida característicos. Hay una relación entre el nivel de estudio alcanzado por los jóvenes y el pasado profesional de sus padres y abuelos.

Podemos apreciar un reforzamiento de los lazos intergeneracionales en el seno de la familia. Se puede pensar que la gran fragilidad de los lazos conyugales se ve compensada por un reforzamiento de los lazos de filiación.

La relación con *los abuelos* también se ha modificado. En general, tienen buenas relaciones con sus nietos aunque tienden a evitar los temas conflictivos.

Los abuelos buscan una mejor definición de su rol y su lugar en el grupo familiar. Han perdido su rol de autoridad pero constituyen para los jóvenes una referencia estructurante facilitando la construcción de la identidad e historia de los jóvenes.

Pueden convertirse en reguladores de conflictos y tienen a menudo un rol positivo en las situaciones de tensión o separación de las parejas jóvenes.

Un cambio importante en la vida de las personas mayores es la gran oferta que brinda la sociedad actual de actividades y estudios para ocupar su tiempo libre y realizar muchas de las cosas que no pudieron hacer durante su vida laboral.

Un factor que ha influido considerablemente en los cambios en los modos de vida familiar es la situación de *paro laboral* derivado de la crisis económica que vivimos. La ausencia de una actividad remunerada de los padres modifica la dinámica familiar, provoca un cambio en los valores, las actitudes y comportamientos lo que puede condicionar el futuro afectivo, escolar y profesional del niño.

Los problemas económicos pueden generar también situaciones de *violencia intrafamiliar y maltrato infantil*, aspectos muy estudiados en la actualidad aunque no nuevos en el panorama familiar.

Se admite hoy que la personalidad de los padres y las condiciones socioeconómicas son susceptibles de producir malos tratos.

Sin embargo asistimos a una revalorización de la familia como espacio afectivo y de transmisión de valores por lo que se hace necesario buscar nuevas respuestas a las nuevas necesidades.

La familia es una institución que no vive aislada, es un sistema abierto que influye y es influida por la sociedad en la que se inserta.

En ella aflora lo más profundo de cada uno de sus miembros, su intimidad. Es el único lugar en el que se acepta a las personas tal y como son, no por lo que tienen ni por lo que hacen.

Por ello es necesario dedicar tiempo y esfuerzo a la convivencia familiar, estrechar las relaciones afectivas entre los miembros de la familia, ganarse el cariño y respeto de los hijos, desarrollar hábitos de conducta relacionados con valores.

Todo esto redundará en beneficio de los propios niños y jóvenes, de la escuela y de la comunidad permitiendo la construcción de una sociedad más justa, solidaria y humana. Por lo tanto más feliz.

2.2 La relación familia-escuela

La familia y la escuela son los dos pilares fundamentales sobre los que se construye el proceso educativo y sus funciones son complementarias. De ahí la necesidad de que trabajen juntas, se entiendan y colaboren mutuamente.

La escuela y la familia son las dos instituciones que a lo largo de la historia se han encargado de cuidar, nutrir, socializar, educar y preparar a las nuevas generaciones para insertarse adecuadamente en el mundo social y cultural de los adultos.

La falta de *comunicación* y *comprensión* entre el hogar y la escuela es, con frecuencia, la razón fundamental de una deficiente adaptación, un escaso rendimiento y del fracaso escolar de los niños y jóvenes.

Los padres están preocupados por la escolaridad de sus hijos. El éxito de los niños en la escuela se ha convertido, para la mayoría de los padres, en una meta importante.

De una forma o de otra la escuela forma parte de la vida cotidiana de cada familia.

Cada vez más los padres quieren hacerse oír, tomar parte, expresar sus opiniones con respecto a la tarea educativa.

Hay que descartar la idea de que los padres están desinteresados por la escuela; su inhibición y absentismo generalmente constituyen la ex-

presión del temor, el desconocimiento, la falta de comunicación e información y una clara desorientación acerca de sus posibles actuaciones.

Pero no basta que las dos partes, escuela y familia, estén sensibilizadas para llegar a una buena relación. Hay que añadir a esto el propio planteamiento de la cuestión desde el sistema educativo que se traduce en cómo contempla la legislación esta realidad.

La relación con los padres de los alumnos forma parte, hoy en día, de los desafíos propios del rol docente. Sería absurda la falta de colaboración entre escuela y familia, especialmente en la actualidad, cuando el proceso educativo se ha complejizado y se ha vuelto prácticamente imposible de conducir por cada una de ellas sin contar con la otra.

Y menos aún si están en conflicto.

Podemos hablar de malos entendidos pedagógicos que perturban las relaciones entre padres y maestros. Esto incluye una mala percepción del otro y falsas interpretaciones.

Para superar estos obstáculos, los maestros deben emplear una estrategia de construcción de convergencia escuela-familia centrada en la *explicación y la transparencia*.

La escuela debe construir una relación diferente con las familias, compensando el déficit de comunicación social que la separa de las familias más desfavorecidas.

Acercar la escuela a la familia consiste, sobre todo, en realizar un verdadero esfuerzo de comunicación para que los objetivos pedagógicos de la escuela sean comprensibles, claros y sencillos para los padres y para que padres y maestros puedan explicar y poner en común sus expectativas educativas.

Se trata de fabricar *la convergencia*, de crear un *proyecto compartido*, de instaurar una complicidad indispensable entre el medio familiar y el medio escolar que constituye una de las claves del éxito escolar.

La percepción que los padres tengan de la institución escolar va a influir en la adaptación del niño a la misma.

La escuela no puede ignorar la opinión de los padres, necesita obtener su acuerdo para que exista un buen funcionamiento y llegar a un consenso acerca de las concepciones fundamentales de la vida escolar como la disciplina, las evaluaciones, la dinámica de clase, etc.

El *éxito o fracaso* de los niños en la escuela dependen de un entramado complejo de factores pero no cabe duda que la familia ocupa un lugar destacado y que su relación positiva con el medio escolar va a beneficiar al niño en su desarrollo y adaptación.

Compartir las tareas educativas es el principio que debe regir la rela-

ción familia-escuela. Para ello se hace imprescindible que exista un proceso de *negociación y comunicación* permanente que permita la *división de responsabilidades y acciones educativas*.

Padres y maestros deben encontrarse, ponerse de acuerdo y definir sus respectivos *roles*, la resolución del *conflicto* entre ambos reside en determinar la especificidad de cada uno y la complementariedad de los dos polos del complejo familia-escuela.

La actitud de los profesores suele ser ambivalente con respecto a la participación de los padres, por un lado, la ven como una injerencia o intrusión en su campo profesional, por el otro reconocen que el factor familiar es importante para conseguir los objetivos académicos planteados.

La presencia de los padres en el centro constituye una de las pocas vías que posibilitan su apertura a la comunidad en que se encuentra. Pero, por lo general, son aquellos que ya están sensibilizados los que acuden al centro escolar, los padres con dificultades se acercan menos por lo que el esfuerzo hacia ellos debería ser mayor. Estos padres están más distanciados de la cultura escolar y, a menudo, se sienten desconfiados y les resulta embarazoso el acercamiento por lo que están en peores condiciones para ayudar a sus hijos y hacer un seguimiento de su proceso escolar.

En una relación familia-escuela adecuada los maestros deberían poder recibir de los padres todas las informaciones útiles acerca de las características psicológicas del niño, sus experiencias pasadas, las oportunidades culturales que tiene su familia, sus intereses, su vivencia de las actividades escolares y todo aquello que contribuya a un mayor conocimiento del niño.

Los padres, por su parte, deberían poder obtener de los maestros elementos que les permitan conocer más a fondo a sus hijos y orientaciones periódicas sobre su evolución en la escuela y sus necesidades psicológicas y sociales.

En su inmensa mayoría los padres no tratan en pie de igualdad con los maestros. Varios autores (Macbeth, Pugh) hablan de *respeto mutuo* en lugar de igualdad. Lo que interesa es reunir las diferencias y complementar las contribuciones.

En la actualidad, en la mayoría de los países desarrollados existen decretos gubernamentales que contemplan la participación de los padres en la gestión escolar.

Sin embargo, la voluntad macrosocial no tiene siempre el mismo ritmo que la realidad microsocia. La ideología política y cultural de la sociedad no coincide siempre con la de la realidad.

Una cuestión fundamental para el buen funcionamiento de la relación entre las familias y el centro educativo es la *preparación de padres y maestros* y el *diagnóstico* de cada situación.

La escuela tiene, a menudo, un doble discurso con respecto a los padres, les pide ayuda en la tarea educativa y responsabilidad en el éxito de sus hijos pero al mismo tiempo les hace ver su incompetencia.

Los padres, por su parte, también tienen contradicciones ya que valoran más los resultados y el rendimiento académicos, basados en la adquisición de conocimientos a pesar de que exigen un desarrollo integral.

A pesar de esto familia y escuela presentan lazos de continuidad, ambas aportan una respuesta a las necesidades fundamentales del niño, ambas contribuyen al desarrollo de su identidad y a su socialización. Pero es importante que cada una lo haga desde la toma de conciencia de sus *roles específicos y complementarios*.

La familia y la escuela deben asociarse para dar al niño una educación lo más completa posible.

Si existe un trabajo de colaboración adecuado, se enriquece la personalidad de las personas implicadas, se mejora la calidad de las relaciones interpersonales, se desarrolla la responsabilidad social y se previene el fracaso escolar.

2.3 Familia y escuela en la comunidad

La familia y la escuela son parte de un sistema social, cultural y económico más amplio, *la comunidad* a la que pertenecen. Cada uno de estos sistemas evolucionan a diferente ritmo: la familia, según el ciclo vital de sus miembros y del colectivo familiar; la escuela, más lentamente, según los vaivenes de la política educativa. Ambas, responden a las fluctuaciones socioeconómicas y políticas de la comunidad en las que se insertan.

Esta interacción constante influye en los objetivos de ambas instituciones. En la familia, que quiere aportar un contexto estable, de apoyo y seguridad, que estimule el bienestar y aprendizaje de todos sus miembros. En la escuela, que busca ofrecer un ambiente idóneo que facilite el aprendizaje, la creatividad, la socialización y el desarrollo de las potencialidades de los alumnos.

El objetivo de favorecer el aprendizaje de los niños, común a ambas, es reconocido por la familia, la escuela y la comunidad como una *responsabilidad compartida*. Genera un lenguaje común, un diálogo, una interacción.

La pluralidad y la diversidad culturales, fenómenos presentes en la sociedad de hoy influyen considerablemente en la interacción escuela, familia, comunidad.

La escuela actual, accesible a todos, testimonia los distintos modos de ver las cosas, las costumbres diferentes, la diversidad de formas de vida y los valores cambiantes que encontramos en nuestra realidad social.

Esto ha contribuido a romper la continuidad que existía entre la escuela tradicional y la familia tradicional.

Muchos padres y maestros añoran ese tipo de escuela menos burocratizada y compleja que la actual.

Sin embargo, las expectativas de los padres están ahora mucho más diversificadas, en función de sus diferentes realidades familiares.

También la escuela ha ampliado sus propias expectativas con respecto a la actuación de los padres y su implicación en ella y sus demandas son mucho más exigentes, a menudo sin tener en cuenta las nuevas problemáticas familiares.

Esta incompatibilidad de las expectativas recíprocas, el desconocimiento de los problemas del otro y esa nostalgia del pasado hacen que la complementariedad entre ambas instituciones presente, a menudo, dificultades, incoherencias y contradicciones.

En la actualidad, la familia está inmersa en múltiples transformaciones, impuestas por el progreso científico y tecnológico y se enfrenta a nuevas demandas y necesidades.

La familia responde al modelo de sociedad en que se ubique, ha sufrido importantes modificaciones en un corto período de tiempo pero todavía le esperan grandes cambios que la lleven a una estructura de interrelación entre sus miembros basada en la *igualdad* y no en la distribución de roles en función del *género*.

La familia se encarga de la *socialización* primaria del niño mediante la transmisión de valores, normas, conductas, etc. necesaria para desenvolverse en la sociedad. Esta servirá de base al siguiente nivel de integración comunitaria en la que intervendrán la escuela, el grupo de pares y, en menor medida, la familia.

La familia, a través de su función socializadora va a influir sobre la vida presente del niño pero también sobre su futuro. Esto vendrá determinado por el estilo de las prácticas educativas parentales.

Socializar y educar son acciones difícilmente separables en la realidad. Ambas se dan simultánea y conjuntamente en la educación familiar. Podemos decir que la función socializadora de la familia ayuda al sujeto a formar parte de un proyecto social y la función educadora a descubrir su identidad personal, familiar y social.

La familia actual se encuentra con muchas dificultades para poner en práctica su dimensión educadora. Le resulta complicado dar respuestas

educativas que sirvan para adaptarse a la realidad de una sociedad impactada por avances científicos y tecnológicos pero también por otros fenómenos adversos como la inseguridad, el terrorismo, la pobreza, la xenofobia.

La escuela tampoco es ajena a esta situación y encuentra muchas dificultades para realizar su labor, que no es solamente enseñar contenidos sino también educar en valores, fomentar actitudes solidarias, tolerancia, comportamientos democráticos, etc.

Familia y escuela se encuentran en una dinámica de continuo aprendizaje para adaptarse a las demandas de la sociedad actual.

Padres y maestros se plantean multitud de cuestiones sobre la educación de niños y jóvenes en esta sociedad tan cambiante y llena de contrastes. Ambos se enfrentan a las mismas dificultades. De ahí la necesidad de una reflexión conjunta entre la escuela y la familia.

En esta reflexión no pueden estar solas la escuela y la familia, es necesario recurrir a otras instancias, científicas, tecnológicas, políticas, informativas, que influyen considerablemente en las personas, tomando conciencia de que la educación es competencia de todos.

Desde esta postura podemos decir que las familias, las escuelas y las diversas organizaciones de la comunidad pueden mejorar su interrelación para contribuir a un mejor proceso educativo ya que el cambio tecnológico y cultural no pasa necesariamente por la escuela en sí misma sino que acontece dentro y fuera de ella, sin poder delimitar claramente sus límites.

Dabas (2006) se pregunta qué es lo que las escuelas y las familias pueden hacer para desarrollar las habilidades que permitan situarse en este mundo cambiante.

Su respuesta es que los cambios propuestos desde el sistema son imposibles de llevar a cabo sin la intervención activa y responsable de todos los agentes sociales involucrados.

La escuela tiene la posibilidad de plantear en su proyecto educativo institucional las formas de convocatoria y participación de los padres, la posibilidad de generar confianza, de compartir y delegar responsabilidades. Nos referimos a la *participación* entendida como la toma de decisiones compartidas entre los actores sociales involucrados. Una interacción que permita encontrar nuevas posibilidades de conexión.

Una propuesta que incluya al conjunto de la comunidad educativa donde los recursos de cada uno y la red de relaciones que se establecen, permiten desarrollar unas posibilidades de alcance inconmensurable.

La familia, la escuela y la comunidad en la que se insertan deben compartir un proyecto que implique *criterios educativos comunes* en la educación de los niños y jóvenes.

Notas bibliográficas

- Aguilar Ramos M.C. y Sánchez Rivas E. (2005): Fundamentos para emprender una reflexión sobre la relación familia-escuela. *Revista Kikiriki*, n. 78, pp. 21-26.
- Dabas E. (1998): *Redes sociales, familias y escuela*. Paidós, Buenos Aires.
- Dabas E. (2006): *Viviendo redes. Experiencias y estrategias para fortalecer la trama social*. Ciccus, Argentina.
- Kñallinsky E. (1999): *La participación educativa: familia y escuela*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- Kñallinsky E. (2002): Conflictos de relación y de la participación. En: Younis Hernández J.A. et., *Habilidades de resolución de conflictos en contextos educativos*. Ejes Cartesianos, Tenerife.
- Kñallinsky E. (2006): Familia-escuela: una relación conflictiva. En: Dabas E., *Viviendo redes. Experiencias y estrategias para fortalecer la trama social*. Ciccus, Argentina.
- López López M.T. et al. (2008): *Familia, escuela y sociedad. Responsabilidades compartidas en la educación*. Ed. Cinca, Madrid (Colección Acción Familiar).
- Macbeth A. (1995): *Collaborate or compete?*. Falwer Press, Londres.
- Martiñá R. (2003): *Escuela y familia: una alianza necesaria*. Troquel, Buenos Aires.
- Pourtois J.P. (1992): *L'éducation familiale et scolaire en mutation*. CERIS, Mons.
- Pugh G. (1989): Parents and professionals in Pre-schools Services. En Wolfendale, S. *Parental Involvement*. Cassell, Londres.
- Rodrigo M.J. y Palacios J. (1998): *Familia y desarrollo humano*. Alianza, Madrid.
- Vila I. (1998): *Familia, escuela y comunidad*. ICE- Horsori, Barcelona.